

Círculos infinitos

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Títulos originales: *Japan y Over het Japanse klooster Kozan-ji en de beroemde dierentekeningen*

En cubierta: *Watanabe Seitei*, Bijutsu Sekai / Rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Cees Nooteboom, 2023

© De las fotografías de interior, Simone Sassen

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-87-3

Depósito legal: M-4.158-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Cees Nooteboom

CÍRCULOS INFINITOS

Viajes a Japón

Fotografías de Simone Sassen

Traducción del neerlandés
de Isabel-Clara Lorda Vidal

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

El cumpleaños del emperador, el <i>pathos</i> de las cosas y otras experiencias japonesas	9
Zuihitsu	53
Montaña Fría	71
Círculos infinitos	89
Monasterios japoneses	111
El Taller del Norte: Hokusai en París	121
El fantasma de Nyogo: Japón en Londres, 1981	133
El misterio en el espejo: Las obsesiones de Ian Buruma	143
<i>La novela de Genji</i> : Una novela milenaria	153
El templo Kozan-ji y los famosos dibujos de animales	191

El cumpleaños del emperador, el *pathos* de las cosas y otras experiencias japonesas

1

¿En qué consiste la imagen de un país? Me he tumbado en el suelo del avión que lleva ya casi veinte horas volando rumbo a Japón por una ruta que atraviesa el Polo. A mi alrededor, pies durmientes. Me he colocado una pequeña almohada debajo de la cabeza y me he tapado con una manta azul de la KLM, pero no logro conciliar el sueño. Curiosamente, me vuelve a la mente una y otra vez la misma imagen: una fotografía que vi justo después de la guerra y que me impresionó sobremanera —tenía yo entonces unos doce años—. Un prisionero de guerra australiano, con uno de esos absurdos pantalones largos de color caqui al estilo colonial inglés, sentado en una silla o sobre el tronco de un árbol, no lo recuerdo bien. El hombre tiene los ojos vendados, el cabello rubio le ondea ligeramente al viento. Lleva las manos atadas con una cuerda. Detrás de él, de pie, un japonés. Este lleva un quepis en la cabeza, unos pantalones negros por dentro de las botas y una camisa blanca de manga corta. Sostiene una gran espada con sus dos manos levantadas, casi como un campeón de golf sujetando su palo en la posición más alta. Una fracción de segundo después arremeterá contra el australiano y, de un solo tajo, la espada le cortará el cuello, la cabeza se separará del cuerpo, la sangre brotará del cuello

en la foto todavía intacto, el cuerpo con las manos atadas caerá de lado. Esta es, en cualquier caso, la imagen más antigua que conservo de «Japón». Treinta años de vida y de lecturas han corregido, explicado y matizado esa imagen de todas las maneras posibles, sin embargo, en este momento, a una hora de aterrizar en Japón, me asalta inevitablemente una ligera sensación de angustia mezclada con cansancio. Veo imágenes de millones de personas en el metro y en los trenes, unas imágenes que enseguida quedan atenuadas por jardines, templos y arreglos florales. «*Apprehension*» es quizá la palabra que mejor expresa las emociones que me embargan. La pregunta que me ronda la cabeza es hasta qué punto Japón es «diferente». En los últimos años, he leído novelas de Tanizaki, Kawabata, Kenzaburō Ōe, Mishima, que no me han dado la sensación de que lo «diferente» de Japón sea un «diferente» distinto de, por ejemplo, Brasil. Un cierto exotismo en las costumbres sociales y religiosas, una vegetación diferente, un clima diferente, sí, pero ¿*gente* diferente? Esas novelas tratan temas y problemas que, en realidad, no me son ajenos; si les resto el exotismo o lo sustituyo por otra cosa, lo que me queda no es algo que me resulte incomprendible. Ahora bien, ¿seré capaz de encontrar esto mismo fuera del contexto de esos libros? Mientras estoy aquí recostado reflexionando, me invaden unos celos incontenibles. ¿Por qué tengo que viajar como si fuera un recipiente cargado de prejuicios y de información? ¿Por qué no puedo ir nunca a un lugar del que lo ignoro absolutamente todo, tal como Pizarro llegó al Imperio Inca o los primeros europeos a Japón? No saber nada del producto nacional bruto, no haber visto nunca una película japonesa. *Hiroshima, zen, kabuki, sumo, kaiseki, Sony, samurái, harakiri, ikebana*: palabras sonoras carentes de significado. Lo que yo hago apenas merece el nombre de viaje, pues ya no queda nada por descubrir: com-

probamos, controlamos, negamos y confirmamos, cotejamos con la «realidad» imágenes e ideas. En última instancia, lo que haré es ver si Japón existe de verdad, como si un espectador en una sala de cine entrara en la pantalla y se sentara a la mesa con los protagonistas de la película.

La voz de una joven japonesa murmura por los altavoces, los pies que me rodean se despiertan, las luces se encienden, comienza la carrera hacia los aseos. Los hombres que nada más partir del aeropuerto de Schiphol habían ocupado tres plazas cada uno para poder dormir cómodamente se afeitan ahora en sus asientos. Se les nota en la cara que están haciendo exactamente lo contrario que yo: ellos regresan a casa, dejan atrás el mundo extraño, hostil, no japonés, *mission completed*; otra satisfacción que se suma a la grandeza de la nación japonesa, y se incorporan en silencio al gran juego social del que forman parte. Esta noche, así me lo imagino yo, se encontrarán ya en la impenetrabilidad protectora de sus hogares haciendo reverencias a sus esposas y eliminado con sake la desagradable extrañeza del mundo no japonés. Miran por las ventanillas, como yo, observando el hervidero de luces galácticas de Tokio. Nos mecemos suavemente en el abrazo de unas nubes de lana gris y a continuación «tomamos tierra». Esta es una expresión española que transmite un poco mejor que el simple término «aterrizar» el alivio que siempre acompaña este momento. Enseguida asoma la primera e inolvidable imagen de lo masivo: a izquierda y derecha de nuestro avión hay apostada una interminable hilera de otros aparatos, casi como una guardia de honor. El logotipo azul aciano de KLM se desliza entre los logos de color rojo amapola de las JAL (Japan Airlines). Pocas veces he llegado a un lugar con tanta eficiencia. Una horda de pequeños autobuses nos espera, cada uno con una chica japonesa en su interior y, como un suspiro, nos conducen al edificio principal.

No recuerdo gran cosa de aquella llegada. Registro, un poco aturdido, las autopistas de seis carriles, los enlaces en forma de trébol, la aglomeración de casas y esas señales por todas partes que no sé descifrar, lo cual es muy tranquilizador. En el hotel, que está lejos y es grande, los trámites también se realizan en un santiamén. Como nunca he podido acostarme de inmediato después de un viaje largo, doy unas vueltas por el edificio y voy a dar a una sala color azul hielo donde toca una pequeña orquesta. Sobre las paredes está proyectado todo Hawái: acabo de llegar a Japón y ya estoy en otro lugar. La cantante entona en japonés una dramática canción occidental. Pero por algún motivo ella me resulta demasiado menuda para las grandes emociones que interpreta. Tardo un rato en comprender que lo que está cantando es *My Way*, pero sigue siendo algo extrañamente artificioso, como si le hubieran introducido en ese grácil cuerpecillo en miniatura un casete que sonara a todo volumen. Con la luz de neón tiñendo el alcohol de mi copa de un tóxico color púrpura, el delirio aumenta: una mujer muy menuda cantando con fuerza frente a mí en una mesa que se encuentra simultáneamente en Hawái y en Tokio. Haría bien en salir a la calle. El aire fresco de primavera. Árboles podados. Carteles publicitarios que se agitan. Un chico que me saluda. A lo lejos, una estación. Cien mil coches. Me paseo un poco y veo un torbellino de *flashbacks*: cierro tras de mí la puerta de mi casa en Ámsterdam, conduzco hasta Schiphol, compro un periódico en Anchorage, me tomo una comida japonesa en el avión. En algún huso horario del mundo son ahora las siete de la tarde, y me voy a la cama.

El primer día después de una llegada así es siempre bastante particular. Mi habitación, muy silenciosa, está pintada de un color beige claro y carece de decoración. Por un momento tengo la impresión de haber alcanzado por fin el más

allá, pero he vuelto a equivocarme: oigo un ligero ruidito en la puerta y veo cómo un periódico, *The Mainichi Daily News*, se desliza lentamente hacia el interior. El Consejo Económico reclama una subida de impuestos para los servicios sociales. Definitivamente, no estoy en el más allá. Me acerco a la ventana y descorro las cortinas. ¿Es esto *smog* o sencillamente hace mal tiempo? Bajo un cielo como el que suele verse en Groninga, una sucesión de urbanizaciones —casas, fábricas, vías de ferrocarril— se extiende sin interrupción hasta el brumoso horizonte. Veo cinco trenes circulando simultáneamente. Detrás de las ventanillas se balancean cuerpos humanos, todos se dirigen hacia el trabajo que da sentido a sus vidas. El universo funciona, todo va bien. Aprieto el botón del televisor. Un grupo de adolescentes, con cara de melocotón recién arrancado del árbol, bailan claqué. A excepción de sus horribles sonrisas americanas, los chicos son muy guapos. Ahora recorro los trece canales. Una mujer con kimono que llora. Un hombre que me señala con el dedo y dice algo que no entiendo. Un grupo de gente en torno a una mesa hablando de un tentador pomelo amarillo que a continuación se comen. Un vaquero que golpea a otro en el desierto de Nevada al tiempo que lanza imprecaciones en japonés. Ahora estoy preparado para el mundo real y bajo las escaleras. En un rincón del vestíbulo hay un jardín donde sirven el té tres elegantes chicas con kimono. Esto empieza a tomar forma. Una de ellas viene hacia mí arrastrando los pies como si caminara sobre un pequeño rail invisible. Me hace una pequeña reverencia emitiendo unos pequeños sonidos plateados. A continuación sirve el té. Me invade un enorme e infeliz amor por ella y al mismo tiempo por todo Japón. No hay nada que hacer, ha sucedido en un segundo, ante el cliché más absurdo imaginable: las blancas manos de muñeca con las uñas pintadas, el rosado esplendor del cutis,

invulnerable y aterciopelado como una hoja de lirio, en el que el gran orfebre ha engastado dos ojos para poder mirar hacia atrás hasta la creación sin ver nada. Y yo allí, sentado en mi silla como un turista, perdidamente cautivado, presa de la euforia y al mismo tiempo con la sensación de haberme vuelto invisible. Ahora ella me sirve el té, pero ¿me está viendo realmente? Esta sensación me acompañará durante todo el viaje, en las calles, los restaurantes, los trenes, el metro. Me validan los billetes, me traen la comida, mi presencia provoca reacciones en la gente y, sin embargo, de alguna manera soy invisible, no existo realmente. Me he preguntado a qué se debe esto. Es absurdo, por supuesto, un sentimiento literario, pero ¿de dónde viene? El término japonés para «extranjero» equivale a la expresión inglesa «*outside person*»; puede que tenga algo que ver con esto: una persona cuya visibilidad está registrada pero que todavía es un «cuerpo extraño», literalmente. A un extranjero lo sirves, lo tratas con cortesía, pero no lo dejas entrar en lo más íntimo de tu mirada, aquella con la que realmente ves a las personas. Comoquiera que sea, mejor que lo diga al principio de este texto: esta constatación me procuró durante todo el viaje cierta sensación de euforia, un poco como si flotara en el aire, y también una ligera forma de debilidad. La gente da por descontado que Tokio te parecerá horrendo, pero para mí no fue así en absoluto. Tokio me encantó: toda esa aglomeración brutal e infinita de edificios, todo el horror de la gran urbe, el delirante cáncer de la construcción que expulsa el verde y a través del cual el tráfico de la ciudad busca abrirse paso de mil maneras, la acumulación masiva de la vulgaridad periférica. Todo cuanto yo suponía que me resultaría feo alimentaba mi entusiasmo, porque la abrumadora fealdad se rompe de continuo gracias a pequeñas formas de belleza, pequeñas delicias recurrentes: la elegancia de la gente, el

modo en que todo tipo de pescados se exponen en la vitrina de un restaurante, los pequeños objetos en un escritorio, las muñequitas en unos grandes almacenes, los ideogramas de un calendario, la concentración de emociones de una plantita diminuta, la estética absoluta de un pedacito de atún crudo enrollado en arroz y hojas de algas..., todas esas cosas pequeñas y bellas que derrotan y anulan a las grandes y feas. Mientras la cámara naturalista me encuadra en un paisaje urbano inhóspito, la cámara interior me ve sobrevolar unos valles de gran belleza. Algo no cuadra, sí, pero no hay nada que hacer.

Al cabo de un par de días ya me he creado una buena rutina. Por la mañana leo el *Mainichi Daily News* como si fuera el *Volkscrant*, mi diario holandés. Es un buen ejercicio de dislocación, porque de repente el centro del mundo ya no está en la comunidad europea, sino en un puñado de islas arrojadas como una gamba desesperada contra el mastodóntico continente de China y Rusia. El hecho de que esas pocas islas constituyan la tercera potencia económica del mundo parece un verdadero disparate cuando adviertes su patética pequeñez respecto al resto de Asia. Después veo las noticias en inglés que un trabajador migrante estadounidense transmite con cara alegre. Después tomo el té servido por los ángeles en kimono o, a veces, un desayuno japonés de pescado crudo, ciruelas saladas y frijoles negros, un verdadero golpe bajo al bolsillo. Los precios de este hotel internacional son un *knock-out*. Una taza de café o té cuesta cuatro florines con cincuenta y lo demás está en la misma onda. Un solomillo, por decir algo, vale cincuenta y tres florines. Por esta razón suelo ir a comer a unos pequeños restaurantes japoneses del centro. Después del desayuno, me adentro en la ciudad. Ahora sé de qué andén parte la línea verde que lleva a la estación de Yurakucho, sé cómo

insertar mi dinero en ese juego social colgado de la pared y esperar el tintineo de las monedas del cambio, sé que debó hacer cola en los puntos indicados en el suelo, porque ahí es donde se abrirá infaliblemente la puerta del tren; sé que, blando como una tortita de tofu, debo dejarme arrastrar por unos señores con guantes blancos que me empujan hacia el interior del tren entre los otros cuerpos, y sé lo que me voy a encontrar allí: colegialas en uniforme, lectores de periódicos, señores ataviados con traje, camisa blanca y corbata. Nadie me presta atención, porque no estoy allí, pero yo sí puedo mirar a todo el mundo. En los andenes y en los trenes, bocas ausentes leen poemas enteros, mientras que yo solo soy capaz de leer los nombres de los lugares anunciados en los andenes. El resto de la información que necesito me la preparan cada mañana en el hotel en unas notas bellamente ilustradas, con textos como: ¿Sería tan amable de explicarle a este caballero cómo... dónde... cuándo?, y así sucesivamente. Armado con semejantes notitas me dirijo al centro de la ciudad y encuentro así el mercado de pescado, la feria, el teatro. A veces tomo un taxi. La portezuela, que se acciona automáticamente, se abre de golpe al acercarme. El interior del automóvil no podría estar más limpio. Una flor de plástico me recibe con una sonrisa, el conductor extiende su mano enguantada de blanco y examina los dibujos de mis notas. Cuando no sabe qué contestar, aspira rápidamente una gran bocanada de aire por la comisura de su boca ligeramente abierta, lo que produce un agudo sonido siseante. Este sonido es bastante elocuente, pues aquí casi nadie habla inglés. Pregunto a mis amigos cómo les ha sido posible construir un imperio comercial en estas condiciones. La respuesta es que mucha gente sí sabe leer y escribir el inglés, pero que el temor a equivocarse y hacer el ridículo prevalece sobre el deseo de ayudar. Casi nunca

te dicen claramente que no. Así que te sientas en el taxi y escuchas el lento siseo. Murmuras cualquier cosa, esbozas una sonrisa y la puerta vuelve a abrirse de golpe. Algunos extranjeros se amargan mucho en estas situaciones, o cuando menos se frustran, porque nadie a quien le preguntes por una dirección te contesta que no la sabe; prefiere enviarte al Sáhara antes que perder la cara (qué expresión más horrible). Para mí, todo esto entra en el capítulo de la aventura, ya que carezco de *obligaciones* concretas, pero me imagino que para la gente que trabaja o que tiene una agenda que cumplir esto es un desastre.

Cuando paseas por la ciudad de esta manera, siempre eres consciente de una cosa: la gran multitud de gente que te rodea. Las masas se acercan como un maremoto en cuanto el semáforo se pone en verde, te empujan hacia el interior de los grandes almacenes; decenas de personas hablan por unos teléfonos rojos sujetos a la pared sin cabina; por todas partes te envuelve el movimiento, nunca agresivo, que avanza y se retrae como el propio mar; un pueblo que ha aprendido por si solo que, para sobrevivir en una ciudad de dieciséis millones de habitantes, es indispensable una forma de disciplina, concepto este que no suele inspirarme gran entusiasmo, pero que aquí es una necesidad absoluta. Nadie que te incordie o empuje, todo transcurre como acorde a las leyes de la naturaleza: las multitudes confluyen y se dispersan, oleadas de gente se aglomeran alrededor de las estaciones, los rostros enmarcados en cabello negro, todos bien vestidos, todos dirigiéndose a un objetivo preciso. Me había preparado mentalmente para sentir horror y angustia ante estas multitudes, pero lo cierto es que me sucede todo lo contrario: me provoca un placer sensual fluir junto a ellas, estar rodeado de una corporalidad incomprensible, convertirme yo mismo en multitud.